SIMPOSIO

ES POSIBLE EL LIDERAZGO EN EL PERÚ ACTUAL

Problemas y perspectivas en la política, empresa y sociedad peruana

BALTAZAR CARAVEDO
EDITOR

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

SIMPOSIO

ES POSIBLE EL LIDERAZGO EN EL PERÚ ACTUAL

Problemas y perspectivas en la política, empresa y sociedad peruana

BALTAZAR CARAVEDO
EDITOR

UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

Conferencia: Liderazgo político: el gran lector, la institucionalidad y la traición

Rolando Luque Mogrovejo

I

Los estudios sobre liderazgo político tienen en las biografías de los grandes caudillos o líderes un antecedente vasto y, en algunos casos, muy logrados retratos de los personajes y de sus épocas. El historiador o el periodista coleccionan ante todo los hechos más dramáticos en los que el líder se erige como el hacedor de la historia, rodeado de acechanzas que sortea con éxito o en las que sucumbe no sin dejar para la posteridad algunas frases célebres que adornarán los discursos de las generaciones futuras.

Las biografías tienen, sin embargo, objetores: la admiración por el personaje puede llevar a omisiones o relieves inconvenientes o injustificados; la presencia del líder es tan refulgente, que todos los demás no son sino personajes secundarios que giran alrededor de él y a partir de él.

Debo incluir en este género a las memorias que tienen el mérito de lo testimonial. Más allá de la fidelidad a los hechos importa que sea el propio personaje quien lo dice y la forma en que lo dice, lo cual agrega algunas notas de comprensión sobre sí mismo, más aún si son particularmente descarnadas como *Las Confesiones* de Rousseau o como *El pez en el agua* de Vargas Llosa.

En un extremo distinto se encuentran los abundantes estudios sobre el liderazgo organizacional con perfiles, estrategias, historias de éxito, muy persuasivos, y que por extensión alimentan los liderazgos políticos, los refrescan, no obstante tratarse de ámbitos y sistemas de valores no siempre coincidentes. No quiero dejar de mencionar a los libros de autoayuda, masivamente difundidos y que también ponen su cuota en este tema, aunque eso de conquistar el mundo en diez lecciones pueda resultar un poco exagerado.

Estos aportes si bien aprovechables, no nos aproximan con seguridad al liderazgo político. Los otros caminos son los de las Ciencias Sociales y la Ciencia Política que, especialmente a partir de los años setenta, abordan el tema desde diversas perspectivas, poniendo unas veces el acento en los rasgos personales del líder, como la confianza en sí mismo, la oratoria, la capacidad intelectual o la visión y la energía que entusiasman a la gente y la ponen en marcha. Hay decenas de tipologías que clasifican a los líderes según esto o aquello.

Santiago Delgado, profesor de la Universidad de Navarra, dice que "Hasta hoy una disciplina como la Ciencia Política ha prestado mucha más atención a las funciones desempeñadas por los actores colectivos del sistema político (partidos, sindicatos, grupos de presión, etc.) que a las que cumplen los líderes políticos individualmente considerados, algo que no ocurre con otras disciplinas como la Historia o la Psicología"[1]. En nuestro medio, el abordaje de los liderazgos políticos ha sido principalmente a través de las biografías, con algunas aproximaciones todavía tímidas al análisis de las trayectorias políticas. Creo –sin temor a ofender a nadie– que en esta materia la literatura, y en especial la narrativa latinoamericana de mediados del siglo XX, ha sido fecunda en la caracterización de dictadores delirantes y siniestros, y en la revelación vívida de pasajes de nuestra historia política mediante el poder de la ficción.

1 Delgado Fernández, Santiago. "Sobre el concepto y el Estudio del liderazgo político. Una propuesta de síntesis", en *Psicología Política*, N° 29, 2004, p. 16 <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N29-1.pdf>.

En este punto tres cosas me parecen centrales: el reconocimiento del liderazgo como un factor clave en los estudios sobre el poder; la utilidad pero a la vez la limitación de las taxonomías tratándose de un objeto que debe ser entendido como fruto de su tiempo y, en esa medida, toda aproximación al liderazgo debe hacerse en el marco de la nueva complejidad; y, por último, creo que los datos duros y las hipótesis científicas son importantes aunque también las buenas metáforas que buscan atrapar objetos elusivos como este.

En esta ponencia desarrollaré tres ideas: i) el líder como el gran lector; ii) su *performance* en el contexto de instituciones débiles y, iii) la traición del ideal que lo llevó al poder o a pretenderlo. Pero antes conviene demarcar bien los alcances de estas ideas.

Cuando hable del líder político lo haré dentro del sistema de reglas y de prácticas culturales del sistema democrático, quedan por consiguiente al margen los liderazgos teocráticos, tiránicos o tropicales. Asimismo me referiré únicamente al líder que gobierna o al que aspira a hacerlo, es decir, el que tiene el poder y el que lo pretende, dejando de lado, por ejemplo, al gestor administrativo, pieza de un engranaje tecnocrático que se desplaza por las burocracias de alto nivel; o a la eminencia gris o el asesor en la sombra cuyos liderazgos sibilinos pero efectivos demandarían estudios aparte.

Debo precisar también que no entraré en el viejo debate de si la historia la escriben los individuos o los pueblos. Me parece una disquisición larga e innecesaria. Sí haré una rápida atingencia ahora mismo respecto del falso liderazgo, producto de la pura construcción de la imagen. Se trata del líder fabricado en los laboratorios de márketing y que recibe entrenamiento para vender algo: un proyecto, una ilusión, una mentira o las tres cosas. Es verdad que al líder así concebido tarde o temprano "se le ve la basta", pero en las sociedades distraídas esto puede ocurrir muy tarde. Hay que estar atentos y no dejar que en ese despliegue publicitario se nos venda alguna curiosidad en la vida del líder como una gracia, o que

el episodio baladí se transforme en suceso glamoroso, o que una pena rutinaria se convierta en un drama que comulgue con el elector. Termino estas advertencias anotando que cuando digo líder digo también lideresa.

II

Yo mencionaba la nueva complejidad. Una de las claves de nuestro tiempo es admitir su existencia. No es fácil hacerlo, requiere abandonar nuestro espacio de comodidad, superar la pereza intelectual y establecer miles de relaciones. La complejidad implica multiplicidad de actores, diversidad de problemas, expectativas, temores, búsquedas, contextos cambiantes, incertidumbre, riesgo. La complejidad –dice Morin– es una palabra problema no una palabra solución, implica el reconocimiento de que todo sistema puede ser sorprendido por un estímulo externo frente al que no hay respuesta adecuada y en vista que "no se puede reducir a la fuerza la incertidumbre y la ambigüedad"[2], no nos queda más que asumir la complejidad como el espacio habitual de navegación.

Los sistemas jurídicos y políticos nacionales e internacionales, diseñados para el orden y la producción de respuestas a los problemas, pueden ser desbordados y puestos en cuestión. Los liderazgos actuales se mueven en ese terreno, en el que los problemas globales como el narcotráfico, el terrorismo, el cambio climático, la pobreza, la trata de personas, la discriminación, el tráfico de armas, etc. son también sus problemas, nuestros problemas.

Como dice Manuel Alcántara, "Los políticos surgen del seno de la sociedad en la que viven, están marcados por los valores reinantes en la misma que comparten, por lo que en gran medida no dejan de traducir las propias señas de identidad que la definen. Los legados históricos, sociales y culturales deben siempre ser tenidos en cuenta, pero es también evidente que los políticos como profesionales pueden estar dotados, o no,

2 Morin, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa, 1994, p. 23.

de ciertos atributos que pueden hacer de su trabajo uno de una calidad diferenciada"[3].

Estoy de acuerdo con el liderazgo como proceso en el que confluyen la visión, los rasgos personales, la capacidad de enfrentar circunstancias críticas, la adaptación al contexto histórico en el que se actúa, la influencia sobre sus sucesores, tal como lo plantean Balliart y Ramió. Pero creo que hay en el líder algo que es un atributo pero a la vez una condición de operación que lo vincula con todos los eventos del entorno y consigo mismo, y es la idea del líder como gran lector.

Por si acaso, en esta idea, el líder no debe ser entendido como un demiurgo, ni como el supremo intérprete de la realidad, ni como una mentalidad omnisciente; estamos ante un lector que se proyecta sobre los variados objetos de lectura en busca de atisbos, conjeturas o certezas de una realidad elusiva, compleja, y que tiene la responsabilidad moral de capturar para decidir lo mejor para todos. Es ante todo un lector de realidades múltiples, una de las cuales es, espero, los libros. No digo esto con sorna, hemos tenido gobernantes que se preciaban de no leer libros.

El gran lector es aquel al que el conocimiento y el método para obtenerlo le garantizan, aunque sea parcialmente, el dominio de la situación. Es capaz de ser contundente o de correr riesgos calculados. El gran lector pisa firme en las certezas y navega en lo inesperado. Aprende y enseña al mismo tiempo, es autónomo en sus lecturas y flexible en sus métodos. Sabe o debe saber que hay más de una lógica para entender las escenas de las que es parte, y sabe también que los hechos no hablan, que es él quien los hace hablar conforme a sus evidencias, prejuicios, ideales, emociones. Un líder sin lectura estará a la deriva o a merced de los que leen por él.

La mejor parte del ejercicio del poder es intransferible y solo puede derivar de la experiencia individual de decidir sobre la base de su propio

3 Alcántara, Manuel, "Profesionalizando la política: desde el período clásico hasta la calidad de la democracia", en *Politai*, Revista de Ciencia Política, n° 2, junio 2011, p. 102.

conocimiento. De lo contrario, pensará que la diversidad cultural es un rumor que busca confundirlo, que las comunidades amazónicas y los no contactados son una más de las fábulas que tejen los habladores del monte. Pensará que se puede ser liberal en economía pero no necesariamente en política, y que eso no traerá consecuencias.

Una idea chata del pragmatismo es lo que ha llevado al tremendo malentendido según el cual no se necesita leer, conocer la historia del país y sus problemas, sino solo ser astuto y saber hacer las alianzas correctas para generar una red de poder en la que asentarse cómodamente. Me temo que este caudillo ramplón, ignorante y sin límites éticos, gobernará para el momento o para autoabastecerse de poder y permanecer por tiempo indefinido. Hay que saber que el poder no solo sirve para gobernar sino para quedarse en él.

Debo precisar que el adjetivo "gran" no lo ubica en una posición de superioridad intelectual sino de responsabilidad moral. Es "gran lector" en la medida que su lectura tiene –más que las de otros– consecuencias en la vida de todos. El gran lector es consciente de los paradigmas de su tiempo, puede desafiarlos si tiene la potencia suficiente, puede criticarlos para arrancarles un poder explicativo mayor con relación a su realidad o puede instalarse cómodamente en ellos. Lo decisivo para el ejercicio de su poder es que sea consciente de los paradigmas, de su vigencia en las mentalidades de su tiempo y del real vigor que pueden aportar a sus propias ideas. En esa medida debe evitar cierta condescendencia surgida más del hábito que de la convicción. El gran lector es un gran crítico, en el sentido más saludable del término, que consiste en hacer evidente algo que nos sirva a todos.

El gran lector necesita fluir en los tres tiempos. Solo hace historia si es capaz de leerla; en el presente deberá leer y traducir lo privado en público y lo público en privado; y afrontar decisiones que no son solo para el presente y para los suyos, sino para la humanidad. El tamaño de este encargo le demanda estar montado sobre la realidad discerniendo en plena marcha acerca de esto y aquello.

Entonces, la primera nota característica del gran lector es que discurre en los tres tiempos. La Historia, como decía Octavio Paz, es tradición y es ruptura, y en esa medida continuidad. Romper y atar a la vez es el oficio del líder. No obstante ello, su compromiso principal es con su tiempo, del que tiene que responder. El líder político debe serlo en tiempos de paz como en los de guerra, en los de abundancia y en los de escasez, en los de calma o turbulencia interna. El gran lector debe saber pisar todos los terrenos.

Es un lector, además, con las limitaciones que tiene todo lector. El texto será siempre más grande que él. Pero es necesario ser un lector para poder hacer la historia. El líder aporta sentido de oportunidad, fe en las ideas. Aporta habilidad en su defensa porque sabe a quién le habla y cómo le habla. El objetivo es convertir esa idea en una convicción compartida. Lo que diferencia al líder político del intelectual sofisticado y creativo es que las ideas en el líder están pensadas para la acción, para hacer políticas, para dialogar con el pueblo y producir lucidez sobre su tiempo. El héroe que sabe que ha llegado el momento de ir más allá de su propia integridad; el dirigente social que siente que es momento de levantar el paro y dialogar; el gobernante que sella la paz con el viejo enemigo pensando en las siguientes generaciones, son lecturas de realidades específicas que preceden a acciones específicas.

Ese es el gran lector, culto en el sentido más vigoroso del término, que es hallar la energía de una idea e irradiarla en acción transformadora. No es obesidad enciclopédica, ni ornamento, ni inteligencia fatua, es poner la vida al servicio de la comprensión de su tiempo y tomar decisiones sanas y constructivas.

Yo hablaba de la velocidad, el inmediatismo y la superficialidad. Efectivamente, son rasgos de nuestro tiempo. El titular de un diario no dura más de un día, el duelo o la fama algunas semanas. Las cosas están hechas para no durar. Entonces, la sociedad se escinde entre los que creen que la realidad cabe en un *tweet* y trazan su agenda con información diminuta

y fugaz; y los que quieren darse la molestia de rodear el objeto con algo más de curiosidad. ¿Dónde se ubica el líder? Si no es un gran lector, vivirá en la contingencia, a lo sumo neutralizando zancadillas o poniéndolas.

A propósito de esto último, el gran lector sabe que camina en territorio comanche, que debe leer a tiempo las conspiraciones de sus enemigos o las intrigas palaciegas. Sabe que debe lidiar con la familia, los asesores, los dirigentes de su partido, la oposición, la representación parlamentaria, los gestores de intereses privados, los viejos poderes de pretensiones tutelares, los dirigentes sociales, los analistas políticos, los medios de comunicación, los activistas en las redes, etc. Debe decidir si prefiere el respeto o el compadrazgo, y oler la adulación para dejarla pasar, callar al asesor que quiere leer por él, detectar a los topos y evitar que su entorno sucumba en las peores prácticas políticas: el arreglo bajo la mesa, el canje de favores, el chantaje, las ambiciones de la militancia o la presión de la turba.

Esto nos lleva a la pregunta por el método. No basta que el líder tenga ideas, debe tener una forma de llegar a ellas, una estrategia del conocimiento que asegure la calidad de sus lecturas y de sus decisiones. Como dice Max de Pree, "la primera responsabilidad de un líder es definir la realidad"[4]. Esa dimensión subjetiva es tan importante como el resultado electoral pero, generalmente, se le escamotea al ciudadano.

¿Cómo piensan realmente los gobernantes o los aspirantes? ¿Cómo forman sus convicciones? Así como hay un derecho a la transparencia y la previsibilidad en los procedimientos para tomar decisiones en todos los poderes de un Estado, creo que también hay un derecho a saber cuál es el hilo racional que guía a un gobernante en la formación de sus convicciones. Si está dominado por una férrea lógica, si interpreta creativamente los hechos, si tiene claros sus límites éticos, si es intuitivo, emocional, etc. Esta parte de la historia suele ser, en la mayoría de los casos, enigmática.

4 Senge, Peter, *La quinta disciplina en la práctica*, Ediciones Granica, 1998, p. 434.

El gran lector está entrenado para ver matices allí donde se quiere imponer la simplificación y el grosor del pensamiento. Se mueve en las fronteras del conocimiento en busca de novedades, provoca asociaciones impensadas para obtener una idea nueva, mantiene un cerebro flexible. Isaiah Berlin decía: "conocer las raíces de mi actividad es ser rescatado de la servidumbre a lo desconocido; del andar a tientas y tropezones en una oscuridad poblada por ficciones que engendran miedos y conductas irracionales"[5]; y un político a tiempo completo como Haya de la Torre, entrevistado por César Hildebrandt, aconseja que, "… precisamente, lo auténtico de un verdadero revolucionarismo es buscar la solución dentro del problema y el problema dentro de la realidad y la realidad dentro de la geografía y la historia"[6].

Si no se cuenta con ese conocimiento, las referencias para valorarlo o el método para discernir, el líder irá al garete, tapará vacíos con expresiones de puro poder o diluirá su poder entre el círculo íntimo que lo rodea, que pueden ser, ciertamente, asesores correctos o gente sin escrúpulos a la caza de alguna de las formas de la fortuna.

La gran lectura debe incluir un elemento indispensable que los griegos llamaban "frónesis", es decir, el deseo inteligente, la sabiduría práctica, la prudencia de elegir virtuosamente. El gran lector es capaz de ver ese lado del conocimiento que puede convertirse en acción positiva sea porque atiende una necesidad, estimula al grupo social, lo vertebra, y así legitima el sistema, cerrando el círculo virtuoso de la política democrática.

Una prudencia que se extiende a sí mismo. El gran lector se lee a sí mismo en un ejercicio necesariamente descarnado de autocrítica del que debe salir fuerte y lúcido.

5 Berlin, Isaiah, *Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*, Berlín: Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 312.

6 Hildebrandt, César, *Cambio de palabras*, Lima: Tierra Nueva Editores, 2008, p. 51.

Pero es en la comunicación y la acción política donde se objetiva el gran lector. Leer bien la realidad implica una cierta plasticidad en el lenguaje, versatilidad para pasar de la aldea andina a la global con la fluidez que requiere el tiempo actual. La comunicación exige un líder sólido y poroso a la vez. Debe mostrar temple, pero también receptividad, escucha, enmienda, la misma firmeza para avanzar en el acierto como para retroceder del error.

El gran lector revela la realidad hasta donde le es dado hacerlo y la transforma en un discurso político. Despierta una fe pero debe saber contenerse cuando esa fe se va convirtiendo en religión. En ese sentido su discurso no está hecho únicamente de cifras o de retórica administrativa, menos aún deberá apelar a metáforas gastadas como los puntos sobre las íes, las cartas sobre la mesa o la madre del cordero. El gran lector trasmite una idea potente, ilumina una parte de la realidad hasta entonces ensombrecida, crea una onda expansiva entre la gente, capaz de romper las jerarquías y los viejos dogmas.

A pesar de la necesidad de los medios masivos de comunicación, el encuentro con la población sigue siendo insustituible. Los actos, gestos o palabras del líder que llegan directamente a los ciudadanos se convierten en una experiencia vital que el poblador de lugares distantes no olvida fácilmente. Y es así porque las personas sienten la cercanía con el gobernante y por ende su poder, y el probable beneficio que esto les puede reportar.

Esta es una actividad incesante, leer la realidad, elaborar mensajes y lograr que le crean. Desde luego la tarea viene envuelta en una coreografía que los expertos ponen en escena, pero el corazón del mensaje debe contener el credo del líder para que surta efecto. O como dice Ronald Heifetz: "No se trata simplemente de convencer a las personas de seguir una determinada visión. Liderazgo político significa conseguir que una sociedad se dé cuenta de sus problemas y se enfrente a ellos"[7].

7 Documento para la discusión realizado por la Bertelsmann Stiftum, "Liderazgo político en el siglo XXI", p. 4 <http://www.fundacionbertelsmann.org/fundacion/data/ESP/media/ES_LiderazgoPol.pdf>.

Solo un gran lector puede ser enseguida un gran elector. En el Perú, los indígenas durante 300 años fueron impedidos de acceder a la lectura, a los libros, que eran el instrumento por el que circulaba el conocimiento de la época, absolutamente necesario para entender el nuevo orden y para cuestionarlo. Sin duda una de las formas de la esclavitud. Una cosa es ver y padecer la realidad y otra poder descifrar sus códigos de dominación. No hay revolución libertadora sin ideas libertadoras.

III

El gran lector puede ser también leído por otros, es parte de un tablero mayor en el que mueve sus piezas y a veces es movido. Es consciente de que lo que es bueno para él, para el Estado o las empresas no es necesariamente bueno para la sociedad. La identidad plena de intereses es una ilusión o una farsa; lo real es que los intereses pueden ser contradictorios y los actores se mueven entre el consenso y el conflicto.

El líder político es alguien instalado en una plataforma de poder sea estatal o social. Y esa plataforma en nuestra historia ha sido predominantemente autoritaria. No haré un examen exhaustivo de nuestra vida democrática, pero es bueno recordar que durante el siglo XX solo hubo siete gobiernos democráticamente elegidos que culminaron sus períodos constitucionales. Lo demás fueron largas dictaduras que bloquearon el desarrollo de una cultura democrática. Nuestra democracia estuvo en ese siglo asediada por sesenta intentos golpistas. La utopía republicana que Carmen Mc Evoy ve en Pardo o en Piérola se deterioró con los años a manos de la tradición autoritaria.

En 1980, apenas recuperada la democracia, se iniciaría la experiencia más cruel y destructiva del siglo XX. Los movimientos terroristas Sendero Luminoso y el MRTA asesinaron 2.300 autoridades, desestructurando la organización social y política.

¿Cómo se ejerce el liderazgo en un país con un alto índice de corrupción y desigualdad y con instituciones y partidos políticos con bajos niveles de aprobación? El líder debe saber que ninguna democracia tiene la vida comprada, que no solo se desploman por golpes de Estado sino que pueden ir muriendo a plazos, como nos ha ocurrido tantas veces en nuestra Historia.

En el mundo menudean las voces críticas contra las democracias, sobre todo a partir de la crisis económica y financiera mundial que demostró que los Estados no protegieron los derechos de la gente. En los Estados Unidos, Krugman ha dicho que "la brecha entre la ideología meritocrática de esta sociedad y su realidad cada vez más oligárquica está generando un efecto profundamente desmoralizador"; "el 95% de los mayores ingresos de la recuperación económica desde el 2009, han ido a parar al famoso 1 %", y "los privilegios heredados están reemplazando a la igualdad de oportunidades y el poder del dinero está ocupando el lugar de la democracia efectiva"[8].

Lo mismo ocurre con los movimientos de indignados en España y otros países europeos, que aunque no son movimientos sociales con pretensiones de participar orgánicamente en la vida política expresan una radical disconformidad con el funcionamiento de sus democracias. Si bien nadie postula un cambio de modelo político, las protestas dejan en claro la urgencia de introducir cambios en la organización y uso del poder político porque se puede agotar el crédito de las instituciones actuales, y los líderes irse quedando sin juego frente a las demandas sociales.

En ese contexto, el principal compromiso de un demócrata es con la democracia, es decir, con el perfeccionamiento de la plataforma de poder que puede hacer posible el desarrollo en libertad. En esa medida, cada Estado debe tener siempre una agenda de reformas políticas. ¿Cuánto tiempo le dedica el líder a perfeccionar su sistema para gobernar? Es fre-

8 Krugman, Paul, "La recuperación de los ricos", en *Gestión*, 18 de setiembre de 2013, p. 18.

cuente llegar al poder criticando el poder, pero enseguida se recuestan en él, como que no fueran responsables del estado de las instituciones.

El líder que sabe leer la realidad no se limita a dar informaciones sobre inversiones y PBI, debe comprometerse con la sostenibilidad de ese crecimiento en un aparato productivo que se expande a todos. ¿Y quién garantizará que el crecimiento llegue a todos? La democracia, pero si esta funciona a medias entonces los fines que persigue pueden estar en riesgo. El líder no debe ver a la democracia solo como una caja de herramientas, sino como la plasmación de las libertades y la realización del sentido ético de la vida. ¿Es pedirle demasiado? No, la democracia es lo que decidamos hacer de ella.

Se impone, entonces, una agenda de reformas políticas, para evitar que el líder democrático medre de la debilidad institucional y se vea tentado a oscurecer su poder; y, de otro lado, que la responsabilidad política del Estado no caiga íntegramente sobre él sino que sea distribuida entre todas las instituciones. Al respecto, Basadre utilizó el concepto weberiano de *sultanismo* para describir al "sistema estatal que carece de contenido racional y desarrolla en extremo la esfera del arbitrio libre y de la gracia del jefe"[9].

Es verdad, cuando el círculo del poder se cierra entre las autoridades elegidas y los grupos de poder, los ciudadanos sienten que la democracia les está siendo arrebatada. Su reacción entonces puede alcanzar niveles de convulsión social muy fuerte. En esa circunstancia, la pregunta por el control del poder resulta, entonces, clave.

La superioridad de la democracia está tanto en el origen del poder como en su control. Es decir, la necesidad de establecer límites que garanticen a los ciudadanos que no van a ser sobrepasados en sus derechos y que desde el Estado nadie irá más allá de la ley. El uso arbitrario del poder

9 Basadre, Jorge, *Sultanismo, corrupción y dependencia en el Perú republicano*, Lima: Milla Batres, 1981, p. 37.

rompe los principios de igualdad y legalidad, provocando disgregación social y repliegue individual hacia formas de acción directa para resolver conflictos.

El Estado previendo su propio desborde ha concebido formas estatales de control del poder. Pero, cuando las instancias llamadas por ley a controlar se integran a redes de intereses ilegales, el círculo de la corrupción se cierra y la racionalidad del poder se queda sin fundamento ético-político.

La idea platónica de que deben gobernar los que más saben, no es más importante –como lo demostró Popper– que hacerse la pregunta "¿En qué forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?"[10]. Hay que elegir bien pero sobre todo asegurarnos de que la democracia sobrevivirá a un mal gobernante.

La otra estrategia de control es la social. En la nueva esfera pública, dice Daniel Innerarity, "las redes llevan a cabo dos posibilidades que no existían con anterioridad: la simultaneidad temporal en la presencia o accesibilidad de información, sin importar la distancia, y la creación de conexiones directas, sin rodeos, entre cualesquiera de los participantes de la red"[11]. Es curiosa, en nuestro caso, la circunstancia de una institucionalidad débil que, sin embargo, sigue siendo el centro del poder y una sociedad activa en las redes que descentra el poder, que recupera individualmente protagonismo y busca, unas veces organizadamente otras a tientas, densificar su poder en base a confluencias en vivo y en directo. Las relaciones tienden a horizontalizarse, lo cual debe llevar al líder político que lee con atención la realidad, a replantear el ejercicio de su poder.

10 Popper, Karl, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires: Paidós, 1957, p. 125.
11 Innerarity, Daniel, *La sociedad invisible*, Madrid: Espasa Calpe. S.A., 2004, p. 115.

IV

La política es pródiga en traiciones. Es curioso que en su sentido originario, latino, *tradere* significa entregar, por eso llega al Derecho Romano como *traditio*, es decir, el acto de entregar una cosa. Imagino que si la entrega no es de algo sino de alguien violando la lealtad que se debe, entonces, *tradere* es traición. En este sentido, Judas es un traidor y Bruto y Casio también.

Aunque sin descartarlo, no me referiré a este extremo sino a la traición del ideal. ¿Hasta qué punto le está permitido al líder apartarse de lo que profesó en su trayectoria política? Para no dramatizar innecesariamente creo que hay que hablar de lo que se pone en juego. ¿Debe el líder permanecer apegado a sus promesas electorales una vez que gana una elección?

Creo que el líder gobernante, en la medida que se interna en el conocimiento de la realidad y de los alcances de su propio poder, no solo tiene el derecho a cambiar sino la obligación de hacerlo a condición de que quede demostrado para él y para todos que eso en lo que creyó durante años es en verdad inaplicable. Y lo es porque la nueva información a la que accede le indica lo contrario o porque ignoraba el "cómo", es decir, la larga y complicada metodología para hacer realidad los planes políticos; o porque esa parte de su paquete electoral perdió vigencia y el elector no tuvo manera de hacérselo saber porque en las campañas se habla mucho y se oye poco. La verdad es que es posible ganar elecciones con programas parcialmente inaplicables. La rectificación realista no vuelve traidor a un gobernante.

La segunda circunstancia que lo absuelve es la aparición repentina de hechos que ostensiblemente cambian los planes: una catástrofe natural de gran dimensión, una amenaza fundamentalista que jaquee a la democracia, la pretensión expansionista de algún vecino o el fin de algún ciclo económico en el mundo, etc.

Alberto Vergara dice que "El punto es que en democracia uno debería, al menos, dar explicaciones cuando desecha las promesas que hizo a sus votantes durante años"[12]. Y eso sí me parece indispensable, si el líder es un gran lector de la realidad considerará rehacer el trato con la población en los mejores términos. De este modo, el voto no se verá defraudado.

Pero si el gobernante, más allá de las promesas electorales, de lo que se aparta es del ideal que lo llevó al poder, que podría resumirse en respetar las instituciones democráticas, gobernar con honradez, buscar el bienestar de todos, entonces, estamos ante la traición del líder. Esa deslealtad con los ciudadanos es una maniobra aleve que revela la entraña cínica e inescrupulosa del gobernante.

Toda traición, sin embargo, presupone lealtades previas. Nada habría que reclamar al líder que nunca habló con entusiasmo de la democracia o que gusta de moverse en el límite de las reglas. No percibirlo es nuestra responsabilidad. No se puede calificar de traición a aquello que no nos sorprende. Uno de los ingredientes de la traición es su carácter artero y sorpresivo, viene del que menos pienso, nos coge en el peor momento, aprovechándose de la buena fe.

¿Estamos preparados para la traición? Uno tendería a pensar que la traición es uno de los hábitos de la política, pero cuando se trata de los ideales básicos siempre nos conmoverá. Creo que el ejercicio de las libertades públicas permite detectar la traición. La libertad de prensa, por ejemplo, abre posibilidades enormes para destapar conspiraciones en las que se traicione el ideal que llevó a alguien al poder. Pienso por ejemplo en la tempranera portada de Caretas sobre Vladimiro Montesinos.

En cualquier caso, la traición del ideal es la traición de sí mismo y en esa medida el líder revela que no es un gran lector y que es capaz de apro-

12 Vergara, Alberto, *Ciudadanos sin república*, Lima: Planeta, 2013, p. 247.

vechar en su beneficio la fragilidad institucional que abre oportunidades para la traición.

Estamos prevenidos. Nada enseña mejor que el lenguaje del ejemplo. Está hecho de discurso y acción, es palabra y vida fundidas y mostradas en la escena pública.

Bibliografía

ALCÁNTARA, Manuel
2011 "Profesionalizando la política: desde el período clásico hasta la calidad de la democracia", en *Politai*, Revista de Ciencia Política, n° 2, junio, pp. 90-105.

BASADRE, Jorge
1981 *Sultanismo, corrupción y dependencia en el Perú republicano*, Lima: Milla Batres.

BERLIN, Isaiah
1983 *Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*, Berlín: Fondo de Cultura Económica.

DELGADO FERNÁNDEZ, Santiago
2004 "Sobre el concepto y el Estudio del liderazgo político. Una propuesta de síntesis", en *Psicología Política*, N° 29, p. 16 <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N29-1.pdf>.

BERTELSMANN STIFTUM
2006 "Liderazgo político en el siglo XXI", p. 4 <http://www.fundacionbertelsmann.org/fundacion/data/ESP/media/ES_LiderazgoPol.pdf>.

HILDEBRANDT, César
2008 *Cambio de palabras*, Lima: Tierra Nueva Editores.

INNERARITY, Daniel
2004 *La sociedad invisible*, Madrid: Espasa Calpe. S.A.

KRUGMAN, Paul
2013 "La recuperación de los ricos", en *Gestión*, 18 de setiembre, p. 18.

MORIN, Edgar
1994 *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa.

POPPER, Karl
1957 *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires: Paidós.

SENGE, Peter
1998 *La quinta disciplina en la práctica*, Buenos Aires: Ediciones Granica.

VERGARA, Alberto
2013 *Ciudadanos sin república*, Lima: Planeta.